

que no es bien que alegres vais,
ni que ricos os hagáis
con nuestras honras y vidas.

Porque si acaso os miró
la más honesta doncella,
ó afablemente os habló,
dice el hombre que la vió:
Desvergonzada es aquella.
Y así la pastora y dama
de cualquier modo padesce,
pues vuestra lengua la llama
desvergonzada, si os ama,
y cruel, si os aborresce.

Peor es que nos tenéis
por tan ma'ditas y fuertes,
que en cuantos males habéis,
culpa á nosotras ponéis
de los desastres y muertes.
Vienen por vuestra simpleza
y no por nuestra hermosura,
que á Troya causó tristeza,
no de Helena la belleza,
mas de Paris la locura.

¿Pues por qué de deshonestas
fieramente nos tratáis,
si vosotros con las fiestas
importunas y molestas
reposar no nos dejáis?
Que á nuestras honras y estados
no habéis respetos algunos,
dissolutos, mal mirados,
cuando más desengañados
entonces más importunos.

Y venís todos á ser
pesados de tal manera
que queréis que la mujer
por vos se venga á perder
y que os quiera aunque no quiera.
Así conquistáis las vidas
de las mujeres que fueron
más buenas y recogidas:
de modo que las perdidas
por vosotros se perdieron.

¿Mas con qué versos diré
las extrañas perfecciones?
¿de qué modo alabaré
la constancia, amor y fe
que está en nuestros corazones?

Muestran quilates subidos
las que amor tan fino tratan,
que los llantos y gemidos
por los difuntos maridos
con propria muerte rematan.

Y si Hippolyto en bondad
fué persona soberana,
por otra parte mirad
muerta por la castidad
Lucrecia, noble romana.
Es valor cual fué ninguno
que aquel mancebo gentil
desprecie el ruego importuno,
mas Hippolyto fué uno
y Lucrecias hay dos mil.

Puesta aparte la belleza
en las cosas de doctrina,
á probar nuestra viveza
basta y sobra la destreza
de aquella Sapho y Corina.
Y así los hombres letrados
con engañosa cautela,
soberbios en sus estados,
por no ser aventajados
nos destierran de la escuela.

Y si autores han contado
de mujeres algún mal,
no descrece nuestro estado,
pues los mismos han hablado
de los hombres otro tal.
Y esto poca alteración
causa en nuestros mereceres,
que forzado es de razon
que en lo que escribe un varón
se diga mal de mujeres.

Pero allí mesmo hallaréis
mujeres muy excelentes,
y si mirar lo queréis,
muchas honestas veréis
fieles, sabias y valientes.
Ellas el mundo hermosean
con discreción y belleza,
ellas los ojos recrean,
ellas el gozo acarrean
y destierran la tristeza.

Por ellas honra tenéis,
hombres de malas entrañas,
por ellas versos hacéis

y por ellas entendéis
en las valientes hazañas.
Luego los que os emp'eáis
en buscar vidas ajenas,
si de mujeres tratáis,
por una mala que halláis
no infaméis á tantas buenas.

Y si no os pueden vencer
tantas que hay castas y bellas,
mirad una que ha de ser
tal que sola ha de tener
cuanto alcanzan todas ellas.
Los más perfectos varones
sobrepujados los veo
de las muchas perfecciones
que della en pocas razones
cantaba un día Proteo.

Diciendo: En el suelo ibero,
en una edad fortunada
ha de nacer un lucero,
por quien Cynthia ver espero
en la lumbre aventajada.
Y será una dama tal,
que volverá el mundo ufano,
su casta ilustre y real
haciendo más principal
que la suya el africano.

Alégrese el mundo ya,
y esté advertido todo hombre
que de aquesta que vendrá
CASTRO el linaje será,
DOÑA HIERONYMA el nombre.
Con BOLEA ha de tener
acabada perfección,
siendo encumbrada mujer
del gran vicecanciller
de los reinos de Aragón.

Viendo estos dos, no presume
Roma igualar con Iberia,
mas de envidia se consume
de ver que él excede á Numa
y ella va'e más que Egeria.
Vencerá á Porcia en bondad,
á Cornelia en discreción,
á Livia en la dignidad,
á Sulpicia en castidad
y en belleza á cuantas son.

Esto Proteo decía

y Eco á su voz replicaba;
la tierra y mar parecía
recebir nueva alegría
de la dicha que esperaba.
Pues de hoy más la gente fiera
deje vanos pareceres,
pues cuando tantas no hubiera
ésta sola engrandesciera
el valor de las mujeres.

Parescieron muy bien las alabanzas y defensas de las mujeres y la gracia con que por Belisa fueron cantadas, de lo cual Don Felix quedó convencido. Belisa contenta y Arsileo muy ufano. Todos los hombres que allí estaban confessaron que era verdad quanto en la canción estaba dicho en favor de las mujeres, no otorgando lo que en ella había contra los varones, especialmente lo que apuntaba de los engaños, cautelas y fingidas penas: antes dijeron ser ordinariamente más firme su fe y más encarescido su do'or de lo que publicaban. Lo que más á Arsileo contentó fué lo de la respuesta de Florisia á Melibeo, tanto por ser ella muy donosa y avisada, como porque algunas veces había oído á Belisa una canción hecha sobre ella, de la cual mucho se agradaba. Por lo cual le rogó que en tan alegre día, para contento de tan noble gente, la cantasse, y ella, como no sabía contradecir á su querido Arsileo, aunque cansada del pasado cantar, al mesmo son la dijo, y era esta:

Canción.

Contando está Melibeo
á Florisia su dolor,
y ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo ni te creo.

El dice: Pastora mia
mira con qué pena muero,
que de grado sufro y quiero
el dolor que no quería.
Arde y muérese el deseo,
tengo esperanza y temor.
Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo ni te creo.

El dice: El triste cuidado

tan agradable me ha sido,
que cuanto más padescido,
entonces más deseado.

Premio ninguno deseo,
y estoy sirviendo al Amor.
Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo ni te creo.

El dice: La dura muerte
deseara si no fuera
por la pena que me diera
dejar, pastora, de verte.

Pero triste, si te veo,
padezco muerte mayor.
Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo ni te creo.

El dice: Muero en mirarte
y en no verte estoy penando;
cuando más te voy buscando
más temor tengo de hallarte.

Como el antiguo Proteo
mudo figura y color.
Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo ni te creo.

El dice: Haber no pretendo
más bien del que la alma alcanza,
porque aun con la esperanza
me parece que te ofendo.

Que mil deleites posseo
en tener por ti un dolor.
Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo ni te creo.

En tanto que Belisa cantó sus dos cantares, Felicia había mandado á una Nympha lo que había de hacer para que allí se moviese una alegre fiesta, y ella lo supo tan bien ejecutar, que al punto que acababa la pastora de cantar se sintieron en el río grandes voces y alaridos, mezclados con el ruido de las aguas. Vueltos todos hacia allá, y llegándose á la ribera, vieron venir río abajo doce barcas en dos escuadras pintadas de muchos colores y muy ricamente aderezadas: las seis traían las velas de tornasol blanco carmesí, y en las popas sus estandartes de lo mismo, y las otras seis velas y banderas de damasco morado, con bandas amarillas. Traían los remos hermosamente sobredorados y venían de rosas y flores cubiertas y ador-

nadas. En cada una de ellas había seis Nymphas vestidas con aljubas, es á saber: las de la una escuadra de terciopelo carmesí con franjas de plata, y las de la otra de terciopelo morado, con guarniciones de oro; sus brazos arregazados, mostrando una manga justa de tela de oro y plata, sus escudos embrazados á manera de valientes Amazonas. Los remeros eran unos salvajes coronados de rosas, amarrados á los bancos con cadenas de plata. Levantóse en ellos un gran estruendo de clarines, chirrimías, cornetas y otras suertes de música, á cuyo son entraron dos á dos río abajo con un concierto que causaba grande admiración. Después desto se partieron en dos escuadrones, y salió de cada uno dellos un barco, quedando los otros á una parte. En cada cual de estos dos barcos venía un salvaje vestido de los colores de su parte, puestos los pies sobre la proa, llevando un escudo que le cubría de los pies á la cabeza, y en la mano derecha una lanza pintada de colores. Amainaron entrambos las velas, y á fuerza de remos arremetieron el uno contra el otro con furia muy grande. Movióse grande alarido de las Nymphas y salvajes, y de los que con sus voces los favorecían. Los remeros emplearon allí todas sus fuerzas, procurando los unos y los otros llevar mayor ímpetu y hacer más poderoso encuentro. Y viniéndose á encontrar los salvajes con las lanzas en los escudos, era cosa de gran deleite lo que les acaecía. Porque no tenían tantas fuerzas ni destreza, que con la furia con que los barcos corrían y con los golpes de las lanzas quedassen en pie, sino que unas veces caían dentro de los bajeles y otras en el río. Con esto allí se movía la risa, el regocijo y la música, que nunca cessaba. Los justadores la vez que caían en el agua iban nadando, y siendo de las Nymphas de su parcialidad recogidos, volvían otra vez á justar, y cayendo de nuevo, multiplicaron el regocijo. Al fin el barco de carmesí vino con tanta furia y su justador tuvo tanta destreza, que quedó en pie, derribando en el río á su contrario. A lo cual las Nymphas de su escuadrón levantaron tal vocería y dispararon tan extraña música, que las adversarias quedaron algo corridas, y señaladamente un SALVAJE

robusto y soberbio, que afrentado y muy feroz dijo: ¿Es posible que en nuestra compañía haya hombre de tan poca habilidad y fuerza que no pueda resistir á golpes tan ligeros? Quitadme, Nymphas, esta cadena, y sirva en mi lugar por remero quien ha sido tan flojo justador, veréis cómo os dejaré á vosotras vencedoras y á las contrarias muy corridas. Dicho esto, librado por una hermosa Nympha de la cadena, con un bravo denuedo tomó la lanza y el escudo, y púsose en pie sobre la proa. A la hora los salvajes con valerosos ánimos comenzaron á remar, y las Nymphas á mover grande vocería. El contrario barco vino con el mismo ímpetu, pero su salvaje no hubo menester emplear la lanza para quedar vencedor, porque el justador que tanto había braveado, antes que se encontrassen, con la furia que su barco llevaba, no pudo ni supo tenerse en pie, sino que con su lanza y escudo cayó en el agua, dando claro ejemplo de que los más soberbios y presumptuosos caen en mayores faltas. Las Nymphas le recogieron, que iba nadando, aunque no lo merecía. Pero los cinco barcos de morado que aparte estaban, viendo su compañero vencido, á manera de afrentados todos arremetieron. Los otros cinco de carmesí hicieron lo mismo, y comenzaron las Nymphas a tirar muchedumbre de pelotas de cera blanca y colorada, huecas y llenas de aguas olorosas, levantando tal grita y peleando con tal orden y concierto, que figuraron allí una reñida batalla, como si verdaderamente lo fuera. Al fin de la cual los barcos de la devisa morada mostraron quedar rendidos, y las contrarias Nymphas saltaron en ellos á manera de vencedoras, y luego con la misma música vinieron á la ribera, y desembarcaron las vencedoras y vencidas con los captivos salvajes, haciendo de su beldad muy alegre muestra. Pasado esto, Felicia se volvió á la fuente donde antes estaba, y Eugerio y la otra compañía, siguiéndola, hicieron lo mismo. Al tiempo que vinieron á ella, hallaron un pastor que en tanto que había durado la justa había entrado en la huerta y se había sentado junto al agua. Parecióles á todos muy gracioso, y especialmente á FELICIA, que ya le conocía, y así le dijo: A mejor

tiempo no pudieras venir, Turiano, para remedio de tu pena y para aumento desta alegría. En lo que toca á tu dolor, después se tratará, más para lo demás conviene que publiques cuanto aproveche tu cantar. Ya veo que tienes el rabel fuera del zurrón, pareciendo querer compacer á esta hermosa compañía; canta algo de tu Elvinia, que dello quedarás bien satisfecho. Espantado quedó el pastor que Felicia le nombrasse á él y á su zagala, y que á su pena alivio prometiesse; pero pensando pagarle más tales ofrescimientos con hacer su mandado que con gratificarlos de palabras, estando todos assentados y atentos, se puso á tañer su rabel y á cantar lo siguiente:

Rimas provenzales.

Cuando con mil colores devisado
viene el verano en el ameno suelo,
el campo hermoso está, sereno el cielo,
rico el pastor y próspero el ganado.
Philemena por árboles floridos
da sus gemidos:
hay fuentes bellas,
y en torno dellas,
cantos suaves
de Nymphas y aves.
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
habrá contino hibierno en toda parte.

Cuando el helado Cierzo de hermosura
despoja hierbas, árboles y flores,
el canto dejan ya los ruisseñores
y queda el yermo campo sin verdura.
Mil horas son más largas que los días
las noches frías,
espessa niebla
con la tiniebla
oscura y triste
el aire viste.
Mas salga Elvinia al campo, y por do
renovará la alegre primavera. [quiera

Si alguna vez envía el cielo airado
el temeroso rayo ó bravo trueno,
está el pastor de todo amparo ajeno
triste, medroso, atónito y turbado.
Y si granizo ó dura piedra arroja,
la fruta y hoja
gasta y destruye,
el pastor huye

á passo largo,
triste y amargo.
Mas salga Elvinia al campo, y su belleza
desterrará el recelo y la tristeza.

Y si acaso tañendo está ó cantando
á sombra de olmos ó á tos valladares,
y están con dulce acento á mis cantares
la mirla y la calandria replicando;
Cuando suave expira el fresco viento,
cuando el contento
más soberano
me tiene ufano,
libre de miedo,
lozano y ledo:
si assoma Elvinia airada, así me espanto,
que el rayo ardiente no me atierra tanto.

Si Delia en perseguir silvestres fieras,
con muy castos cuidados ocupada
va de su hermosa escuadra acompañada,
buscando sotos, campos y riberas;
Napeas y Hamadriadas hermosas
con frescas rosas
le van delante,
está triunfante
con lo que tiene;
pero si viene
al bosque donde caza Elvinia mía,
parecerá menor su lozania.

Y cuando aquellos miembros delicados
se lavan en la fuente esclarecida,
si allí Cyntia estuviera, de corrida
los ojos abajara avergonzados.
Porque el agua de aquella transparente
y clara fuente
el mármol fino
y peregrino
con beldad rara
se figurara.
y al atrevido Acteon, si la viera,
no en ciervo, pero en mármol convirtiera.

Canción, quiero mil veces replicarte
en toda parte,
por ver si el canto
amansa un tanto
mi clara estrella,
tan cruda y bella.
Dichoso yo si tal ventura hubiese
que Elvinia se ablandasse ó yo muriese.

No se puede encarecer lo que les agradó la voz y gracia del zagal, porque él cantó de manera, y era tan hermoso, que pareció ser Apolo, que otra vez había venido á ser pastor, porque otro ninguno juzgaron suficiente á tanta belleza y habilidad. MONTANO, maravillado desto, le dijo: Grande obligación tienè, zagal, la pastora Elvinia, de quien tan sutilmente has cantado, no sólo por lo que gana en ser querida de tan gracioso pastor como tú eres. pero en ser sus bellezas y habilidades con tan delicadas comparaciones en tus versos encarecidas. Pero siendo ella amada de ti, se ha de imaginar que ha de tener última y extremada perfección, y una de las cosas que más para ello la ayudarán, será la destreza y ejercicio de la caza, en la cual con Diana la igualaste, porque es una de las cosas que más belleza y gracia añaden á las Nymphas y pastoras. Un zagal conocí yo en mi aldea, y aun Ismenia y Selvagia también le conocen, que, enamorado de una pastora nombrada Argia, de ninguna gentileza suya más captivo estaba que de una singular destreza que tenía en tirar un arco, con que las fieras y aves con agudas y ciertas flechas enclavaba. Por lo cual el pastor, nombrado Olympio, cantaba algunas veces un soneto sobre la destreza, la hermosura y crueldad de aquella zagala, formando entre ella y la Diosa Diana y Cupido un desafío de tirar arco, cosa harto graciosa y del'cada, y por contentarme mucho le tomé de cabeza. A esto salió CLENARDA diciendo: Razón será, pues, que tengamos parte de esse contento con oírle. A lo menos á mí no me puede ser cosa más agradable que oírle cantar, siquiera por la devoción que tengo al ejercicio de tirar arco. Pláceme, dijo MONTANO, si con ello no he de ser enojoso. No puede, dijo POLYDORO, causar enojo lo que con tan gran contento será escuchado. Tocando entonces MONTANO un rabel, cantó el soneto de Olympio, que decía:

Soneto.

Probaron en el campo su destreza
Diana, Amor y la pastora mía,
flechas tirando á un árbol, que tenía
pintado un corazón en la corteza.

Allí apostó Diana su belleza,
su arco Amor, su libertad Argia,
la cual mostró en tirar más gallardía,
mejor tino, denuedo y gentileza.
Y así ganó á Diana la hermosura,
las armas á Cupido, y ha quedado
tan bella y tan cruel desta victoria,
Que á mis cansados ojos su figura,
y el arco fiero al corazón cuitado
quitó la libertad, la vida y gloria.

Fué muy agradable á todos este soneto, y más la suavidad con que por Montano fué cantado. Después de consideradas en particular todas sus partes, y passadas algunas pláticas sobre la materia dél, FELICIA, viendo que la noche se acercaba, pareciéndole que para aquel día sus huéspedes quedaban asaz regocijados, haciendo señal de querer hab'ar, hizo que la gente dejado el bullicio y fiesta, con ánimo atento se sossegasse, y estando todos en reposado silencio, con su acostumbrada gravedad habló así:

Por muy averiguado tengo, caballeros y damas, pastores y pastoras de gran merecimiento, que después que á mi casa venisteis, no podréis de mis favores ni de los servicios de mis Nymphas en ninguna manera quejaros. Pero fué tanto el deseo que tuve de complaceros y el contento que recibí en que semejantes personas le tengan

por mi causa, que me parece que, aunque más hiciera, no igualara de gran parte lo mucho que merecéis. Solos quedan entre vosotros descontentos Narcisso con la aspereza de Melisea y Turiano con la de Elvinia. A los cuales por agora les bastará consolarse con la esperanza; pues mi palabra, que no suele mentir, por la forma que más les conviene, presta y cumplida salud ciertamente les promete. A Eugerio veo alegre con el hijo, hijas y yerno, y tiene razón de estallo, después que á causa dellos se ha visto en tantos peligros y ha sufrido tan fatigosas penas y cuidados.

Acabadas las razones de Felicia, el viejo Eugerio quedó espantado de tal sabiduría, y los demás satisfechos de tan saludable reprensión, sacando della provechoso fruto para vivir de allí adelante muy recatados. Y levantándose todos de entorno la fuente, siguiendo á la sabia, salieron del jardín, yendo al palacio á retirarse en sus aposentos, aparejando los ánimos á las fiestas del venidero día. Las cuales y lo que de Narcisso, Turiano, Tauriso y Berardo aconteció, juntamente con la historia de Danteo y Duardo, portugueses, que aquí por algunos respetos no se escribe, y otras cosas de gusto y de provecho, están tratadas en la otra parte deste libro, que antes de muchos días, placiendo á Dios, será impresa.

FIN DE LA DIANA ENAMORADA DE GASPAR GIL POLO